

**Ramón CLAVIJO PROVENCIO
y José LÓPEZ ROMERO**

JUEGO DE MARIONETAS



Libros Canto y Cuento ♦ Jerez de la Frontera ♦ 2022

CAPÍTULO I

Cádiz, 5 de septiembre de 1953

Se temía que aquella noche no fuera de las más tranquilas en la ciudad, especialmente para los vecinos de las calles aledañas a los muelles, donde se concentraba un número significativo de bares y burdeles, a los que las autoridades llamaban eufemísticamente “lugares de ocio”. Sin embargo, las horas iban pasando con más tranquilidad de la esperada, aunque con una presencia policial más visible que otra noche cualquiera. El objetivo era que los jóvenes marines de los dragaminas *Tombee* y *Tercel* de la VI Flota, atracados en el puerto gaditano, no se extralimitaran en sus legítimos deseos de jolgorio y diversos desahogos.

Desde un despacho situado en la primera planta del edificio de la comisaría, en la calle Isabel la Católica, el inspector Félix Cuadrado maldecía su suerte. Ser el más joven del escalafón, y además soltero, le había condenado sin remisión a aquella guardia nocturna. El resto de compañeros, nada más tuvieron noticia de la llegada de navíos de la VI Flota al puerto gaditano, se habían confabulado para escapar.

Sin embargo, para el joven inspector, aquellas horas estaban trascurriendo hasta el momento de no muy distinta manera que otra guardia cualquiera. Aquella noche Cuadrado gestionaba los escasos recursos humanos disponibles con la inestimable ayuda del sargento Pinto, un veterano de la policía armada que le asesoraba sobre el mejor aprovechamiento de los pocos

uniformados de los que disponían, y de la conveniencia o no de su intervención en función de la gravedad de los sucesos de los que iban teniendo noticias. Hasta ese momento ambos mandos no se podían quejar, las incidencias seguían siendo las habituales en una ciudad ya de por sí tranquila.

En cuanto a los americanos, la información era tranquilizadora. La policía municipal apoyada por la naval americana, según se había acordado en una reunión previa entre mandos de los navíos y las autoridades locales, parecían tener controlados los puntos calientes de la ciudad. El sargento Pinto aún no había tenido que dar orden de intervención a ninguna sección de su compañía de “grises”.

Félix Cuadrado se asomó a la ventana abierta de su pequeño despacho. Exhaló con parsimonia las volutas de humo de la primera calada del cigarrillo que acababa de encender. Observó la calle estrecha y solitaria, silenciosa a aquellas horas, con sus altos edificios apenas iluminados por la tenue luz que despedía el alumbrado público. Desde allí se intuían, más que se veían, dos símbolos del Cádiz dieciochesco que limitaban aquella calzada: el barroco convento de San Francisco y el antiguo edificio de la Aduana.

-Tenemos un problema, inspector.

Cuadrado se volvió con rapidez nada más escuchar la grave voz de Pinto a su espalda. Adivinó que la inusual calma hasta ese momento iba a dar paso a la tempestad.

-Usted dirá, sargento.

A Cuadrado le sorprendió que Pinto llevara bajo el brazo su gorra de plato como si aguardara una orden inminente para salir a algún operativo. Este procedió a informarle de aquel “problema” al detalle.

-Un altercado en el bar *Los negros*, inspector. Hace unos minutos me comunicaron que se había saldado con algunos contusionados, nada grave. Al estar implicados marines

americanos, los municipales que intervinieron dieron aviso a los navales americanos para la detención y embarque de estos.

-Bueno –interrumpió Cuadrado-. Era lo acordado. En algún momento tendríamos que llamarlos. Los marines detenidos tendrán que hacerse cargo de los destrozos en el local, según su grado de culpabilidad. Me imagino que se estarán evaluando los daños para comunicarlo lo más rápidamente posible a sus mandos. ¿Algo más, Pinto?

Cuadrado lanzó aquella interrogante al sargento con la esperanza de que todo acabara ahí, pero intuía que aún faltaba lo peor.

-Me temo que sí.

El joven inspector, aparentando una tranquilidad que empezaba a perder, tomó asiento y extendió las manos sobre la mesa de trabajo de su despacho, como esperando el golpe.

-Verá, inspector -prosiguió un imperturbable Pinto-. Uno de los detenidos en la reyerta, cuando los municipales estaban procediendo a las identificaciones, comenzó a sentirse mal. Pensaron que podría ser por algún golpe, aunque no parecía a simple vista estar contusionado. Todo a partir de ese momento sucedió muy rápido, señor. El detenido comenzó a mostrar signos de ahogo por lo que lo sacaron del local, y ya en la calle perdió el conocimiento.

El sargento se detuvo en ese instante y Cuadrado pensó que Pinto serviría para ser el narrador de alguna de aquellas radionovelas tan populares por la voz de Pedro Pablo Ayuso. Parecía saber en qué momento detener la narración para captar el mayor interés de los oyentes.

-Por favor, sargento, prosiga -le ordenó molesto Cuadrado.

-Al tenderlo en la acera, los municipales -prosiguió Pinto-, le desabotonaron la chaqueta y la camisa que vestía, por si eso ayudaba en su estado. Y en ese momento lo que al principio era una pequeña mancha de sangre en la camisa que apenas se

apreciaba bajo la manga, a la altura del tórax, resultó ser una herida por arma blanca. Según me han informado, el arma no es de las habituales. Quizá un estilete o una aguja muy fina, pues la herida bajo el brazo es apenas perceptible. Lo cierto es que el individuo murió sin que se pudiera hacer nada, ni tiempo hubo para ello.

-¿Es todo, sargento? ¿Algo más?

-Sí, inspector. La policía naval americana.

-Usted dirá -volvió a impacientarse Cuadrado.

-Pues que quieren llevarse a los dos marines retenidos en la reyerta, alegando el acuerdo previo entre las autoridades locales y de la flotilla. Los municipales, sin embargo, con un cadáver por medio, han decidido retener a todos los presentes, implicados o no, americanos y clientes. Me dicen que ellos no tomarán ninguna decisión hasta que nosotros intervengamos. Además, ya se ha avisado al juez de guardia.

Cuadrado se levantó del sillón mientras trataba de ganar tiempo. Intentó asimilar toda la información que Pinto le acababa de proporcionar. Pero una cosa tenía clara y la puso en práctica de forma inmediata.

-Sargento, voy a dar orden de que preparen un vehículo. Nos vamos a *Los negros*. Usted me seguirá en una de sus furgonetas con varios uniformados. Mientras usted organiza todo, a mí me queda antes una tarea más ingrata: llamar al señor comisario.

Los labios de Pinto esbozaron una sonrisa en la que Cuadrado no acertó a definir si era de compasión o de ironía, al tiempo que el sargento se encajaba impaciente su gorra gris de plato, con aquel llamativo distintivo en su frontal: una siniestra águila negra.
